

Testimonio de un faquir urbano

Aprender de lo que está en el fondo de uno mismo y que sale a veces a la superficie para revelarse como aquello que debe ser superado.

(Epitafio en el cementerio de Tulcán)

La enfermedad apareció el domingo por la mañana pero no le di importancia. Al otro día estuve en cama con dolores corporales, fiebre y escalofrío; la cabeza era un peso de cuantiosas toneladas. Descarté la gripe, pues no tenía catarro, solamente una tos horrible. Según propias elucubraciones, me había contagiado del virus que borré del computador, el cual se iba apoderando de mi organismo y debía estar en una fiesta, haciendo el brindis a mis limitadas defensas, y como se trataba de un virus agresivo, de esos que borran todos los archivos, temí que quedara afectada mi memoria.

Los días se sucedieron y seguí empeorando. No tomé ningún medicamento. Les tengo fobia. Y como en otras ocasiones me había dado resultado el ayuno, dejé de comer y bebía solo agua de hierbas medicinales. Para darme ánimo releí *El artista del hambre* de Kafka y *El antropófago* de Pablo Palacio. Sin embargo, mi cuerpo estaba empeinado en mantenerse en estado desastroso.

El jueves me hallé en una mejoría corporal relativa, pero la tos era peor y además entré en una depresión jamás antes conocida en los anales de mi historia personal. La enfermedad quería adueñarse de mente, sentimientos y alma. Todo iba perdiendo sentido. Por la tarde no aguanté más y me levanté. Preparé una sopa de verduras y un té de boldo que me dieron un poco de ánimo,

y salí a renovar unos trámites pendientes. Estaba muy débil. Por la oficina ni me asomé.

El viernes hice un viaje corto a Riobamba para visitar a unos clientes. Querían una colección de libros y me hice líos con todo lo que era el vender y promocionar mi mercadería, ¡qué asco! Me hallé preso del terror de las ventas. El negocio, el comercio, el negocio, el comercio y las necesidades e intrínquilis monetarias. En fin, no di pie con bola y arruiné una venta que me habría servido para, por lo menos, pedir una cita con los bioenergéticos, los cuánticos o los acupunturistas. Lo raro me había penetrado. Tuve un dolor en la pierna derecha.

Esta mañana no pude mantenerme en pie y pasé recostado con la pierna que se hinchaba más y más por una infección. Me puse barro y tomé agua de ortiga. Traté de dominar la enfermedad dejándome de estupideces, sin preocuparme de mi complejo organismo y rechazando la idea del virus, que me aterraba. Pensé que iba a morir y me arrepentí de no haberme dedicado al activismo anárquico, de no haber salido a colocar bombas en los bancos y en los centros comerciales que parecen ser los símbolos del desarrollo absoluto del ser humano. Algo debía hacer para cambiar la podredumbre de mi cuerpo que se había contagiado, según yo, de la podredumbre universal que llegó a mi casa a través de la Internet, adjunto al archivo equivocado. Busqué consuelo en la idea de que, de acuerdo a las leyes del karma, podría estar purgando algo de lo maligno en carne propia... siempre es positivo pagar lo que más se pueda las deudas kármicas. Hasta iba a colocarme una vela y auto rezarme: llegaba al fin la santidad.

Desesperado llamé a mi hermana para pedirle ayuda. Ella trajo a un doctor amigo suyo; me pareció escuchar que su nombre era Esculapio ¡vaya nombre

ideal para doctor!, o más seguro yo estaba volando en fiebre y no entendía. ¿Por qué me tocaba a mí, precisamente a mí? Yo que odio a los doctores y a los medicamentos, me vi inmerso en antibióticos, antiinflamatorios, antidepresivos, antitetánicos, antialérgicos, antiespasmódicos y toda una fila larga de antis de las más variadas formas, colores y tamaños, y tuve que aceptar una dosis inyectada de la poderosa y siempre fiel penicilina; ¡nuevamente el asco!

Como seguía igual, el doctor dijo que era imprescindible abrir el absceso. Se colocó los guantes quirúrgicos, me introdujo unas cuantas agujas y se puso a aplastar mi piel para que el pus saliera por completo, mientras yo emitía gritos de dolor, aunque intentando controlarlos para que no se llegara a la exageración. Después ya no me importó y me quejé más abiertamente. De pronto, mi hermana y el doctor pegaron un alarido horroroso: es que no salió ningún pus, sino unas letras muertas en Times New Roman, en Arial, en Helvética... ¡era el virus, el maldito infame virus que quería borrar mi memoria!